

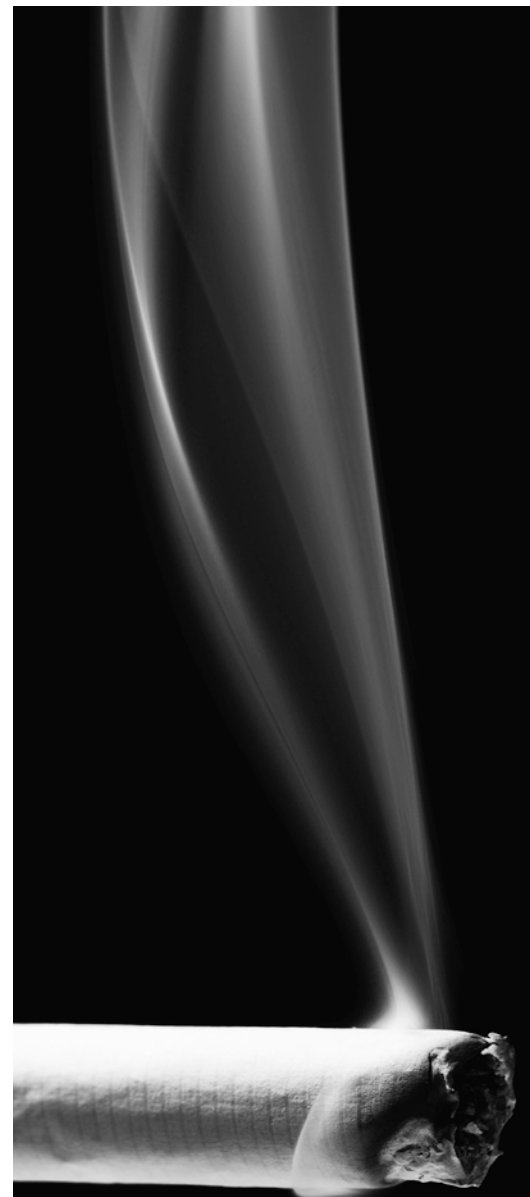


Virtudes de la ligereza

Guillermo Espinosa Estrada

HAY ALGO EN LA LIGEREZA que sigue provocando malos entendidos. Como si no fuera suficiente, siempre andamos buscando algo detrás de ella. Una coartada, un guiño, cualquier detalle minúsculo que le permita al lector avezado descubrir un elemento “profundo” para justificar esa sencillez y la transforme en “sólo aparente”. Algo parecido es lo que sucede con el género menor por excelencia: me refiero al ensayo personal. Raya en la indignación de algunos que un autor no bendecido por el éxito —ya sea crítico o comercial— escriba sobre su historia clínica, su guardarropa o sobre una fobia particular. “Eso no es suficiente”, piensan, “se necesita algo más”. Por eso los que practican este tipo de literatura se pasan la vida justificándose: “Al abordar cosas banales estoy hablando en realidad de *otra cosa*”, parecen decirnos, “son máscaras frívolas que ocultan un ‘tema universal’,” insisten. Y aunque esto suele ser cierto, la aclaración debería ser innecesaria. La ligereza es una virtud *per se*, y cualquier persona que haya empuñado una pluma sabe lo difícil que es resistirse a la tentación de fingirse trascendental.

Hace falta tener una prosa de hierro para no dejarnos quebrar por lo grave y, principalmente, por lo alegórico. Ése es el mayor mérito de José Israel Carranza, su sencillez, y se requiere de mucho arrojo para hacer una apuesta parecida. Como él mismo señala al hablar de la poca popularidad de P.G. Wodehouse en el mundo hispánico: “el castellano [ha] dado al adjetivo ‘simple’ una utilidad frecuentemente peyorativa [...] [así como] la sencillez suele asociarse con una carencia de propósito [...] [por ello] se tiende a menospreciar a quien no esté ocupándose de las verdades tremendas de





Fotografías: ThinkStock

en el primer apartado. Es ahí donde conocemos a un personaje entrañable, de voz lúcida y despreocupada, que se va delineando ante nuestros ojos por la manifestación de sus afinidades y diferencias. El apartado se inaugura con una loa al cigarrillo; poco después tenemos las páginas más memorables que se le hayan dedicado a *La pantera rosa*; le siguen ensayos sobre la música country, la animadversión del autor a los perros, su gusto por el billar, lo enigmático en los títulos de algunos discos, para cerrar con el panegírico a una nariz, entre otros textos no menos notables. La mayor virtud de estos ensayos es su literalidad. *La pantera rosa* es sólo un dibujo animado, el billar es un pasatiempo que no descubre los vértices secretos de la existencia. Hablan de lo que dicen y nada más, denotan en lugar de connotar. No implican otra cosa porque no es necesario, no hay

la vida y de nuestra circunstancia”. Arriesgándose a la incompreensión y al menosprecio, algunos autores de ensayo personal se abocan a las minucias de la vida sin necesariamente convertirlas en *alephs* que terminen por contener la totalidad del universo.

Las encías de la azafata se divide en tres partes: “La mujer con gripa que ocupaba un frasco de aspirinas”, “Espresso doble (Interludio)” y “Las encías de la azafata”. Todos los hallazgos de Carranza se encuentran

un subtexto o intertexto: sencillamente *significan*.

Al proponerse lograr lo anterior, José Israel Carranza echa mano de una prosa “autosuficiente”. Y con esto me refiero a la utilización de palabras que se justifiquen a sí mismas en el acto de la escritura. ¿Qué significa, por ejemplo, “Las encías de la azafata”? O mejor aún, ¿qué quiere decir “La mujer con gripa que ocupaba un frasco de aspirinas”? Nada. Estas palabras son sólo ellas mismas en el acto de la lectura. Son frases



José Israel Carranza
Las encías de la azafata
 México, Tumbona Ediciones
 2010, 208 pp.

que no poseen —se niegan— trascendencia porque no ocultan metáforas, ni siquiera doble sentido ni pluralidad semántica. Estos títulos, como la prosa de Carranza en general, existen en su sola enunciación. “Los títulos mejores”, dice al hablar de los álbumes de rock, “son aquellos que para sí solos reclaman la atención que quizá merezcan o no el propio artista y su música”. La frase en Carranza tiene esta virtud: su arte radica en la capacidad de otorgarle una vida literal que no intenta ir más allá de la página. Su prosa, al narrar, más que una historia susceptible de interpretación, se cuenta a sí misma.

Tal vez peco de exigente, pero estoy convencido de que la tercera parte del libro, “Las encías de la azafata”, está de más. Esta última sección enarbola todos los valores que la primera parte niega. Nos enfrentamos con un tipo de ensayo menos libre, anquilosado diría yo: ejercicio de crítica literaria que utiliza el género como vehículo de exégesis y lo limita a una estrategia demostrativa. De la frescura nos desplazamos a la pesadez, de la literalidad a lo explicativo. Como en toda conversación, el libro de Carranza pierde la chispa

cuando se empieza a hablar de literatura. Los ensayos sobre Rulfo, Arreola, Tario, Péric y otros no logran adentrarse en el universo íntimo de la primera parte. ¿No era mejor seguir hablando de música, mascotas o caricaturas, antes que de escritores? De esta tercera sección rescataría solamente “Desidiario” —texto que desentona precisamente por su desfachatez— y junto con las dos primeras partes del libro hubiera hecho un volumen menos extenso pero mucho más contundente.

Aunque el personaje de José Israel Carranza asegura haber arrojado la *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* pocos días después de comenzar a leerlo, *Las encías de la azafata* es, a su manera, una “vida y opiniones” en la más pura tradición Sterneana: una voz seductora que nos relata recuerdos intrascendentes y detalles inocuos, poblados de digresiones arbitrarias. En suma, la perspectiva mundana y simple de un yo ensayístico ante lo más común de la existencia. Frente a un ejercicio de tal ligereza sólo podemos responder con un acto que, en igual medida, se le contraponga: una lectura carente de toda malicia. ▀